

Peter Waldmann

PETER WALDMANN

V. LAS CUATRO FASES DEL GOBIERNO PERONISTA

Luego de haber desentrañado los rasgos fundamentales de la estrategia política y del estilo político de Perón, analizamos la relación entre el gobierno y tres de los principales factores de poder: las fuerzas armadas, los sindicatos y las organizaciones empresariales. La visión de la estructura interna del sistema de poder peronista así lograda, dista mucho de ser completa. Para brindar un cuadro más completo y diferenciado del sistema político de la Argentina entre 1943 y 1955, habría sido necesario estudiar más a fondo las medidas de gobierno y, sobre todo, habría sido necesario tomar también en cuenta factores de poder de segundo orden, como la Iglesia, las universidades y las agrupaciones políticas. Las investigaciones que ello habría exigido, habrían excedido el marco de este estudio, no sólo por la inversión de tiempo y dinero, sino también por la extensión. Por otra parte, el material analizado en estas páginas debería bastar para permitirnos extraer algunas conclusiones generales acerca de la estructuración y desarrollo del sistema político en la época de Perón.

Hay dos resultados, sobre todo, que merecen ser extraídos. Uno de ellos se refiere a la falta de unidad y homogeneidad de la era peronista. Todos los análisis parciales señalan una evolución dinámica durante dicha era, en la cual se destacan especialmente los años 1950, 1951 y 1952 como etapa de cambio y de viraje políti-

co. Este giro se insinuó primero dentro del ámbito del poder, en el paso del estilo autoritario a tendencias totalitarias, y se puso de manifiesto con particular claridad en el análisis de la disminución de realizaciones del sistema político después de 1950. El segundo resultado principal es, a nuestro juicio, que el viraje descrito no fue provocado por factores externos al sistema o, por lo menos, lo fue en grado mínimo. Como se ha visto, el régimen peronista entra en crisis en un momento en que parecía haber alcanzado su triunfo definitivo, pues había ganado prestigio en el exterior y había logrado despojar de su poder y someter a las fuerzas opositoras dentro del país. Por eso las razones de los cambios no se buscarán ya fuera del sistema de gobierno peronista, sino que deberán extraerse de sus contradicciones y limitaciones immanentes.

Además de estas dos conclusiones generales, la investigación ha aportado una serie de resultados que también son de importancia capital para comprender la estructura y la evolución histórica del régimen. Por ejemplo, hemos llegado a la conclusión de que Perón proyectaba, en primer lugar, la domesticación de los trabajadores y no su movilización política que, contrariamente a lo que opinan algunos autores, la llamada burguesía nacional tuvo sólo una influencia relativa en el campo de fuerzas sociopolíticas, que Perón cometió un grave error al tratar de someter a las fuerzas armadas, durante los últimos años de su gobierno, recurriendo a manipulaciones y a la coacción, etc.

Podríamos mencionar muchos otros ejemplos, igualmente interesantes. Pero, en lugar de seguir este camino y repasar uno a uno los aspectos parciales del gobierno peronista, optaremos por exponer en forma global el sistema de Perón en sus rasgos fundamentales. Para distinguir mejor las diferentes estructuras parciales y para definir las con mayor precisión, dividiremos la era de poder peronista en varios períodos o fases. En total pueden distinguirse cuatro fases, de igual duración aproximada: tres a cuatro años. La primera se prolongó desde

1943 hasta 1945; la segunda, desde 1946 hasta 1949; la tercera, desde 1950 hasta 1952, y la cuarta desde 1953 hasta 1955.

1. Los años 1943-1945 constituyen la fase preparatoria del régimen. Se caracterizaron por los violentos enfrentamientos entre distintas corrientes y fuerzas y, al mismo tiempo, por el surgimiento de esa estructura de poder que dejaría su impronta en el resto del proceso político, hasta 1955.

Los enfrentamientos fueron desencadenados por el golpe militar de junio de 1943, el cual, al alejar del poder a la élite tradicional, provocó una pugna entre los demás factores de poder que se esforzaron por ocupar la posición de liderazgo político-vacante. El punto de partida de Perón no era particularmente favorable, comparado con el de otros oficiales que luchaban por el mismo objetivo, pues su grado militar no era muy alto. Sin embargo, compensó esa desventaja muy pronto al destacarse como líder programático de los oficiales que habían intervenido en el golpe y ganar prestigio y poder por medio de una liga informal de oficiales, el G.O.U. Su energía, su habilidad y sus dotes oratorias le valieron, además, muchos adeptos entre la oficialidad joven y la protección de algunos de los jefes militares de mayor jerarquía e influencia. Con su ayuda fue anulando a todos sus rivales y comenzó a acumular importantes funciones de gobierno, de modo que a mediados de 1944, un año después del golpe, era el líder político reconocido de las fuerzas armadas.

Como ya se señalara, el triunfo de Perón sobre sus adversarios se debió, entre otras cosas, a que él tenía objetivos políticos y un programa político. La mayoría de los oficiales que habían intervenido en el golpe carecía de ideas precisas acerca de lo que se debía hacer con el poder repentinamente adquirido y por eso se orientaban según el ejemplo de otros regímenes autoritarios, sobre todo el de los gobiernos de Franco y

de Mussolini. Sólo por influencia de Perón, la cúspide del gobierno militar comenzó a desarrollar una estrategia política más adaptada a la situación particular y a los problemas típicos de la Argentina.

A instancias de Perón, a partir de 1944, el gobierno encaró la solución del problema de distribución. Entre 1944 y 1945 dictó una serie de leyes, que mejoraron sensiblemente la situación legal y económica de los estratos bajos.

También por iniciativa de Perón se inició una política de protección y fomento de la industria. Por primera vez, el Estado tomaba en cuenta la creciente necesidad de autonomía económica del país.

El Estado abandonó la actitud prescindente de anteriores gobiernos en lo concerniente a la solución de problemas socioeconómicos e intervino en el acontecer social con una función reguladora. Ya no se consideraba a sí mismo como guardián y como instancia de control del progreso nacional sino como su conductor y su verdadero motor.

Esta nueva postura de la élite política se puso de manifiesto en la creación de una serie de instituciones, de las cuales merecen destacarse dos: el Consejo Nacional de Posguerra, organismo de planeamiento político, en el cual se recogían los informes sobre la situación de los diversos sectores socioeconómicos que eran utilizados como fundamento para las decisiones y medidas políticas, y la Secretaría de Trabajo y Previsión, organismo que dirigía y controlaba el mejoramiento material y la integración social de las capas sociales más bajas. Estas dos instituciones, en su combinación de estatismo y de marcado apoyo a la clase trabajadora, anticipaban ya el concepto global que del gobierno tendría Perón durante su primera presidencia.

Las medidas del gobierno militar no favorecieron a todos los sectores de la población por igual y por eso no fueron aceptadas en la misma medida por todos ellos. Las capas acomodadas, sobre todo, se mostraron cada vez más irritadas por la legislación social progresista de

Perón. Los círculos dirigentes del agro, la industria y el comercio se negaron a dar crédito a sus afirmaciones de que sólo favorecería a las capas más bajas hasta haber logrado una mayor simetría social y de que su objetivo era estimular por igual a todos los sectores socioeconómicos, las consideraron un fraude y rechazaron sus propuestas de colaboración. En 1943 y 1944, la resistencia contra el régimen militar partió en primer lugar de algunas instituciones aisladas y de los partidos excluidos del proceso político. En 1945, en cambio, las voces de estos sectores que exigían el inmediato retiro del gobierno, encontraron, cada vez más, eco en las clases media y alta. A la caída de los gobiernos fascistas de Europa, la burguesía argentina creyó llegado el momento de arrebatar el poder al régimen autocrático imperante en su propio país y, sobre todo, de alejar a Perón. Su presión sobre el gobierno sólo cedió cuando Perón pudo probar —por medio de una demostración masiva, en octubre de 1945, y luego en las elecciones de febrero de 1946— que su política era apoyada por la mayoría de la población.

2. A la fase preparatoria siguió, entre 1946 y 1949, la fase de consolidación. En ella Perón perfeccionó las estructuras de su sistema de dominación política —cuyas bases ya habían sido echadas durante los años precedentes— y las afianzó. La estabilidad de su gobierno en ese lapso se explica por la vinculación relativamente perdurable que logró establecer entre la solución de los problemas nacionales más urgentes —aquellos problemas globales que nosotros hemos designado como crisis, adoptando la terminología de Almond-Pye— y los intereses particularistas de los principales factores de poder. Las crisis en cuya solución se empujó el gobierno de Perón, eran las mismas encaradas ya por el gobierno militar a instancias suyas, es decir: la crisis de legitimidad, la crisis de distribución y la crisis de dependencia.

Siendo el primer presidente llegado al poder sin frau-

de electoral desde hacía más de quince años, Perón tenía buenas perspectivas de superar la crisis de legitimidad. Su proceder en este aspecto coincidió en gran medida con los principios rectores que ya proclamara durante el gobierno militar. Rompió los vínculos del sistema político con algunos grupos privilegiados y lo colocó al servicio de sectores más amplios de la población. Fomentó la organización de aquellos sectores socioeconómicos que no contaban aún con un órgano encargado de defender sus intereses y los instó a formular sus exigencias ante el Estado. Finalmente, procuró demostrar la responsabilidad social del Estado haciendo intervenir a determinados organismos públicos en los conflictos sociales, con una función coordinadora y moderadora, y convirtiendo a otros en promotores del desarrollo en el sector económico. Las instituciones y grupos sociales que obstaculizaban sus planes estatizantes eran desplazados sin el menor miramiento. Limitó las competencias del Congreso privó a la justicia de su autonomía, redujo en toda forma la influencia de los partidos opositores, se apoyó de casi todas las radioemisoras y periódicos y estableció un estricto control sobre las universidades. Tanto las medidas constructivas para superar la crisis de legitimidad, como los procedimientos empleados en contra de las fuerzas de la oposición, contaron con el apoyo de aquellos grupos que responsabilizaban a la Constitución liberal de 1853, de la ineficiencia de las instituciones políticas y de la corrupción de los políticos, y esperaban una restauración del orden estatal y social por vía de un fortalecimiento del Poder Ejecutivo. Dichos grupos estaban constituidos por los llamados "nacionalistas", un limitado grupo de intelectuales de clase media, elementos del clero, la burocracia estatal, la mayoría de los sindicatos, recién creados, y, sobre todo, los militares. A instancias de estas fuerzas se encará la reforma constitucional de 1949, la cual —junto con algunas leyes dictadas ese mismo año—

representó la culminación de esta fase estatizante del gobierno.

Como lo señalara de tanto en tanto, en 1946 Perón consideraba la crisis de distribución prácticamente superada, después de la ola de leyes, estatutos y acuerdos tarifarios surgidos del gobierno militar, por iniciativa suya. Pero, sobre todo, consideraba conjurado el peligro de una revolución comunista, motivo principal de sus preocupaciones en materia de política social. A pesar de eso, el incremento de salarios continuó durante los años 1947, 1948 y 1949, se completó la protección al trabajador en caso de enfermedad, accidente, embarazo, despido, etc.; se mejoró en forma permanente la asistencia a la ancianidad, se crearon cada vez más organismos asistenciales y culturales destinados a los estratos bajos, y se multiplicaron los centros de esparcimiento y descanso para dichos sectores, lo mismo que el número de sindicatos, cuyo número de afiliados aumentó en forma vertiginosa en pocos años. Todas estas concesiones a la clase trabajadora deben ser consideradas en función de la situación política ante la cual se veía confrontado Perón. Privado del apoyo de la mayor y más importante parte de las clases acomodadas, su gobierno tenía como principal sostén político los estratos más bajos de la sociedad y esa situación se mantendría mientras el Estado tomara el partido de los trabajadores en los enfrentamientos entre el sector laboral y el patronal. La experiencia de la Primera Guerra Mundial había enseñado a Perón que la coyuntura favorable continuaría sólo durante un lapso limitado después de la Segunda Guerra. Temía, con cierta razón, que en caso de reducirse el apoyo estatal a los obreros, éstos comenzaran a retirar su apoyo político al gobierno. Procuró, pues, adelantarse a los acontecimientos ligando a las clases más deposedas al régimen, merced a generosas medidas de ayuda material, al mismo tiempo que sometía a los órganos representativos de las mismas a los sindicatos.

Es relativamente fácil establecer que grupos sociales

apoyaron a Perón en sus medidas tendientes a solucionar la crisis de legitimidad y de distribución; más difícil es definir cuáles fueron las fuerzas que secundaron su política destinada a lograr una mayor independencia económica. En lo que se refiere a la cancelación de la deuda externa, a la adquisición por parte del Estado de las empresas de servicios públicos que se encontraban en manos extranjeras y al mayor control estatal sobre los bancos y las exportaciones, sin duda el principal apoyo partió de los nacionalistas, que se encontraban sobre todo, entre los militares, en la clase media y —por influencia ideológica de Perón— cada vez más en los estratos bajos. Es muy dudoso, en cambio, que las medidas de defensa y fomento de la industria hayan reflejado realmente el aumento de influencia de la llamada burguesía nacional, según afirman algunos autores. Es indudable que la política de Perón favorecía en primer lugar a un determinado sector del empresariado, el de los industriales menores, establecidos en el interior y dedicados exclusivamente a satisfacer los requerimientos del mercado interno. Sin embargo, no se ha demostrado que tales medidas hayan sido un producto de la presión de dicho grupo. Es posible que algunos empresarios de la burguesía nacional hayan logrado hacer sentir su influencia en las esferas gubernamentales; sin embargo, eso no significa que la totalidad del sector haya adquirido mayor poder y conciencia de grupo. A falta de pruebas en contra, debemos suponer, más bien, que el grueso del grupo se adhirió a las clases acomodadas en su negativa a apoyar a Perón. Sólo hacia fines de la década del cuarenta parece despertar en determinados sectores de la burguesía nacional una conciencia más clara de su situación y de sus intereses, como lo demuestran, por ejemplo, las tentativas de organización de los industriales de las provincias del Noroeste.

Para explicar la estabilidad del régimen en esta fase, no sólo debe tenerse en cuenta el celo con que el gobierno encicó las reformas más urgentes, sino ciertas

condiciones suplementarias, que ayudaron a Perón a cimentar su posición. Las más importantes fueron la situación favorable del presupuesto estatal a comienzos de su gobierno y la prosperidad general del país durante la época de posguerra. Las finanzas estatales no sólo ayudaron a Perón a mantener a los sindicatos ligados al gobierno. Su generosa distribución sirvió también para asegurar la complacencia de las fuerzas armadas, de la administración pública y de determinados sectores de la economía. Si se exceptúa a los terratenientes para quienes el monopolio estatal de la exportación de cereales significó grandes pérdidas, las subvenciones estatales favorecieron en forma directa o indirecta a todos los importantes factores sociopolíticos de poder. Por eso parecería justificado considerar al estirio distributivo del régimen como rasgos predominantes de esta fase, como tendencia que alcanza por igual a todos los ámbitos parciales del sistema político...

Un aporte extraordinariamente importante a la consolidación del sistema peronista de dominación, fue el de Eva Perón. Sólo merced a su ayuda, Perón logró superar durante esos años la tensión existente en su organización política, una tensión entre autoritarismo elitario y elementos de una democracia plebiscitaria. Pues al concentrar cada vez más la adoración de las clases bajas en su persona, Eva Perón liberó a su marido del papel de líder de los trabajadores, lo cual permitió que su pretendido rol de representante imparcial del Estado y de árbitro de la Nación resultara más plausible. También el sometimiento de los sindicatos fue obra de Eva Perón, quien atacó despiadadamente a los dirigentes tradicionales, que luchaban por la autonomía sindical y los reemplazó por hombres de su confianza, adictos al régimen.

Para finalizar, cabe mencionar también algunos factores ambientales que favorecieron a Perón. Entre ellos figura, por ejemplo, la falta de desgaste de su gobierno, la sensación de seguridad y de empuje que éste despertaba, así como la confianza que gran parte

de la población depositó en él. Para medir la importancia de estos factores es preciso recordar la corrupción, la limitación y la ineficiencia de los gobiernos anteriores a 1943. La crisis en que encontró Perón al sistema político al hacerse cargo del poder no sólo representó una hipoteca para él. También le brindó la posibilidad de destacarse sobre sus predecesores. La energía con la cual emprendió reformas que debían haberse encaramado mucho antes en los distintos ámbitos de la sociedad, y la forma implacable en que procedió para ello contra todos los factores de poder establecidos, le ganaron rápidamente el apoyo de todos los interesados en el progreso económico, social y político del país e hizo que su régimen fuera aceptado por la mayoría de los grupos de poder y por el grueso de la población.

3. A partir de 1949, Perón fue modificando paulatinamente su estrategia política. Acentuó la presión de control político sobre los factores sociopolíticos de poder, pero al mismo tiempo comenzó a darles más libertad de acción en el aspecto social y económico, por ejemplo. La transformación del Estado autoritario del primer período presidencial, en un nuevo tipo de gobierno, en parte más represivo, en parte más liberal, demoró unos tres años, desde 1950 hasta 1952. Estos años representaban así otra etapa preparatoria o de transición hacia la cuarta y última etapa del régimen.

Para apreciar el viraje de Perón no hay mejor parámetro que su cambio de actitud respecto a las crisis nacionales. Así como hasta 1949 había intentado superar la crisis de legitimidad alivianando la medida de lo posible las tensiones sociales y borrando las antinomias políticas, ahora recurría a todos los medios de propaganda y de saneamiento para dividir el sistema político en dos bloques: el leal al gobierno y el antiperonista. Si hasta ese momento los obreros habían podido confiar en el celo reformista de Perón y en su apoyo en los casos de conflictos tarifarios y demás enfrentamientos entre el sector laboral y el patronal,

ahora el gobierno reprimía con dureza todo intento de huelga y se colocaba, cada vez con mayor frecuencia, del lado de los empleadores en las negociaciones tarifarias. Si la política económica de Perón partía del postulado de que el Estado no podía confiar el desarrollo económico exclusivamente a las fuerzas sociales y, menos aún a las empresas extranjeras, ahora se limitaba de nuevo la actividad económica estatal y el control del Estado sobre la economía, y se establecían nuevos contactos con los centros económicos del exterior.

Para apaciguar a los grupos cuyos intereses, derechos y objetivos se veían menoscabados, Perón echó mano a medios demagógicos y represivos. Montó un culto político a su persona y a su gobierno, haciendo difundir en forma permanente su imagen y su doctrina a través de los diarios y demás medios de propaganda del Estado, intensificando la relación masa-líder caudillesco—merced a concentraciones masivas, cada vez más frecuentes— y exigiendo de sus colaboradores políticos un total sometimiento y adulación. Al mismo tiempo recurrió a todos los medios de sanción imaginables para forzar tanto a sus opositores como a sus partidarios a la conformidad política.

Son varias las razones que pueden aducirse para explicar este cambio en la estrategia peronista de gobierno. En primer lugar debe señalarse la desaparición del factor que, probablemente, contribuyó más que ningún otro a la eficacia del sistema autoritario de gobierno entre 1946 y 1949: la prosperidad económica. Hacia 1950 se habían agotado las euanstias rescatadas de divisas acumuladas al terminar la guerra mundial, la situación económica favorable de los años de posguerra llegó a su fin, los términos of trade para la exportación de productos agropecuarios empeoró y la agricultura argentina sufrió algunas malas cosechas que causaron irreparables daños a este sector. Al solucionarse por vía pacífica el conflicto de Corea, posible punto de partida de una tercera guerra mundial que habría brindado un renovado impulso económico al

país, éste se encontró en una situación muy precaria. Perón se vio obligado a limitar en forma drástica la actividad económica estatal y a suprimir gran parte de las subvenciones cuya generosa distribución durante los primeros años de gobierno le había asegurado la docilidad de los principales factores de poder.

Las elecciones nacionales previstas para 1952 encontraron a endurecer la situación política. Ellas indujeron a Perón a confundir cada vez más el rol del jefe de Estado, que se mantiene por encima de todos los partidos, con el de agitador partidario. Con su intento de dividir el sistema político en un bloque leal al gobierno y otro antiperonista, procuró forzar a los grupos aún indecisos, a tomar abiertamente partido en favor de su gobierno y de su persona.

En 1946, habían sido los sindicatos los encargados de librar la lucha electoral en su favor; ahora debía valerse de su propia organización, del partido peronista, para esos fines. El partido peronista intensificó y aceleró la tendencia ya presente a una radicalización política. Como resultado de su decisivo aporte a la amplia victoria electoral de Perón, se convirtió en un factor dominante dentro del movimiento peronista.

Otro de los motivos del cambio de actitud de Perón fue la muerte de Eva Perón, en el año 1952. El dictador quedó así privado de su principal sostén político. En adelante se vio obligado a concentrar su atención en el mantenimiento de una base de apoyo indispensable para su gobierno: la de los estratos bajos. Esta tarea exigía gran esfuerzo personal, dado que ahora debía privar a esos estratos de gran parte del apoyo material generosamente brindado en años anteriores.

Finalmente, mencionaremos como uno de los importantes motivos de la creciente coerción ejercida por el gobierno, el intento de golpe de Estado dirigido por un alto jefe del arma de caballería, el general R. Menéndez. El golpe estuvo mal preparado y, visto con objetividad, no representó un peligro serio para el régimen. Sin embargo debe de haber despertado sospechas en Perón acerca de la confianza política que

depuración

aún merecían las fuerzas armadas. Lo cierto es que a partir de ese suceso comenzó a depurar los cuadros de la oficialidad y a eliminar de ellos a todos los elementos poco confiables desde el punto de vista político, y ya no se conformó con la prescindencia política de las fuerzas armadas, sino que reclamó pruebas de su lealtad.

Pero ni las acciones de limpieza, ni la campaña de adoctrinamiento de las fuerzas armadas lograron solidificar el vínculo entre las instituciones militares y el gobierno. La mayor parte de la oficialidad consideró las medidas del gobierno como injustificada intromisión y como violación de la autonomía de las fuerzas armadas. Los oficiales dados de baja o retirados por no merecer la confianza política del gobierno actuaron como fermento de la resistencia al régimen, que se iba gestando bajo superficie.

En general puede comprobarse que el nuevo rumbo adoptado por el gobierno de Perón era visto con creciente disgusto por aquellos grupos e instituciones que lo había llevado al poder en 1946. Aparte de las fuerzas armadas, figuraban entre ellos determinados sectores del clero la administración pública y los intelectuales de tendencia nacionalista. La resistencia que todos ellos opusieron al viraje político de Perón no se explica simplemente como una reacción ante el perjuicio sufrido por sus intereses. Lo que más los indispuso contra la nueva orientación política fue el hecho de que esta echaba por la borda los principios rectores del movimiento, el hecho de que Perón traicionara su primitiva concepción y, al hacerlo, traicionara también a los grupos que habían compartido con él dicha concepción. Ellos habían brindado su apoyo al Estado autoritario y reformista anterior a 1949, ahora se lo retiraban al régimen represivo que lo había sucedido y se disponían a combatirlo.

Por otro lado, no debe olvidarse que el paulatino paso de Perón hacia una política económica y social más liberal fue acogido con gran beneplácito por las

clases acomodadas. El hecho de que el gobierno renunciara a tomar partido por las clases bajas, que redujera sus intervenciones en el acontecer económico, que volviera a establecer contacto con los centros económicos del exterior, todo eso fue acogido por los sectores del agro, el comercio exportador y la industria —que se habían visto perjudicados entre los años 1946 y 1949— como concesiones a sus intereses y como un estímulo a sus reclamos de una rápida y total revisión de la política económica y social. A pesar del creciente conformismo político exhibido por esos sectores es indudable que las fuerzas económicas tradicionales tenían plena conciencia de que iban recuperando su poder.

4. Los últimos años de gobierno peronista —de 1953 a 1955— se caracterizaron, una vez más, por una relativa consolidación de las estructuras políticas. La fase de transición había demostrado que — pese a algunos progresos innegables — el desarrollo del país durante los años de posguerra había sido mucho más lento de lo que el gobierno había esperado y que, sobre todo, este sólo había logrado solucionar en forma transitoria los principales problemas del país, es decir, las crisis nacionales. Por eso, a partir de 1953, debió conformarse con objetivos menos ambiciosos. Ya no ensayó sus esfuerzos en la solución de las crisis nacionales, sino a conservar su propia posición en el poder, a despecho de las crisis. Para lograrlo recurrió a medios represivos, a procurar equilibrar las desventajas creadas por las crisis a determinados grupos de población y, finalmente, aplicó estrategias ideológicas y manipulativas y demás maniobras de diversion.

Al intensificar la coacción, Perón se mantuvo consecuente a la orientación represiva iniciada en 1950. Un importante indicio en este sentido fue el rápido crecimiento y el brusco aumento de poder del partido peronista. No sólo tuvo lugar una parcial fusión de la burocracia patiaría y ciertas reparticiones nacionales,

sino que incluso se utilizaron instalaciones estatales que fueron colocadas al servicio del partido. Servicios secretos se encargaron de controlar la confiabilidad política de los empleados y funcionarios públicos. La influencia de dichos servicios también creció rápidamente dentro del movimiento peronista. La organización estatal se centralizó más aún y fue objeto de un ajuste. A diferencia de las reformas institucionales de los años anteriores, que procuraban disminuir la fragmentación del poder y alcanzar una coordinación más fluida y una orientación uniforme de los organismos oficiales, el objetivo perseguido ahora por Perón iba más allá. Trasformó al Estado en una maquinaria centralmente dirigida que podía ponerse en funcionamiento con rapidez y eficacia para combatir a los adversarios políticos. Los métodos de los cuales se valía para eliminar a esos adversarios se volvieron también más duros y represivos. Si bien es cierto que sólo en casos excepcionales se llegaba a la agresión física, fueron pocas las personalidades más conocidas de la clase alta, consideradas como sospechosas por el gobierno, que no debieron sufrir encarcelamiento —aunque sólo fuera en forma transitoria— o no debieron huir al exilio. En este aspecto cabe mencionar, por fin, el aumento de la presión ideológica por intensificación de la campaña de adoctrinamiento. Los encargados de esta campaña —las oficinas de propaganda del Estado y los medios de comunicación de masa dirigidos desde la cúspide del gobierno— machacaban incesantemente a la población los dichos y sentencias del dictador.

Perón no confiaba sólo en los medios coercitivos y de propaganda para contener la oposición contra su gobierno, sino que desarrolló al mismo tiempo algunas estrategias de diversión. El culto a su gobierno y a su persona montado por él puede considerarse como una maniobra de ese tipo. También el intento de provocar una crisis de moral y de valores figura entre las maniobras de distracción. Para esto último sacó provecho de

una tendencia a la secularización latente desde hacía ya bastante tiempo en la sociedad argentina. El gobierno inició una amplia revisión de todas aquellas leyes en las cuales se reflejaba con mayor claridad la escala de valores vigente hasta entonces: la prohibición de la prostitución, la prohibición del divorcio y la obligatoriedad de la enseñanza religiosa. Ciertas iniciativas que no parecen tener importancia desde un punto de vista moral, como por ejemplo la organización de un turismo masivo, el fomento intensivo del deporte y la atención especial concedida a la juventud, llevan implícita la misma intención, la cual también se pone de manifiesto en ciertas apariciones en público, bufonescas y poco compatibles con la dignidad de un jefe de Estado, a las cuales pareció aficionarse el dictador.

A causa de las medidas represivas y las maniobras de distracción aplicadas por Perón durante la última fase de su gobierno se pasó fácilmente por alto que aún entonces permanecía fiel a sus ideas rectoras del comienzo, por lo menos en un aspecto, y que hasta se había aproximado a su realización. Ese aspecto era la política social y, en especial, la política de redistribución de ingresos. Por ejemplo: desde el comienzo de su carrera política, Perón había exhortado continuamente al pueblo a organizarse. Durante su primera presidencia, las ramas del trabajo aún no organizadas, habían creado sus propios sindicatos; después de 1950, también los empresarios del interior y las profesiones liberales constituyeron asociaciones. En las postrimerías de su gobierno casi no existía un sector de la población que no estuviera representado por una organización consagrada a la defensa de sus intereses. Entre los objetivos de Perón había figurado siempre una distribución equitativa de la riqueza nacional, lo mismo que un apoyo estatal equilibrado a los diferentes estratos sociales. También en este aspecto se aproximó más a sus ideales durante los últimos años de gobierno. Después de descuidar a las clases bajas en la fase de la recesión económica, a partir de 1953 comenzó nuevamente a

defender sus intereses, aunque sin tomar partido en forma unilateral, como en fases anteriores de su gobierno. Exhortaba constantemente a los empresarios a mantener una disciplina en materia de precios y los instaba a trasladar parte de sus crecientes ganancias a los trabajadores, en forma de aumentos salariales. El resultado de esas iniciativas fue que al mejorar la situación económica general después de 1953, también mejoró la situación económica de la clase trabajadora, cuya participación en la renta nacional casi alcanzó los niveles de 1949.

Pero esos tres caminos, la coerción, la crisis moral y de valores artificialmente provocada y la política de simetría social, no cumplieron su función de estabilizar la posición de Perón, sino que contribuyeron a debilitarla. Provocaron perplejidad e inseguridad entre los partidarios del régimen y acicatearon el resentimiento de sus opositores, cada vez más numerosos, hasta llevarlos a una abierta rebelión.

Como ya se señalara, con su intento de someter el sistema político a su absoluto control, Perón obtuvo con frecuencia resultados contrarios a los esperados. Algunos factores de poder dispuestos a mantener una actitud de prescindencia política e incluso de apoyo al régimen, se convirtieron en enemigos declarados a causa de esa estrategia. Este fue, sobre todo, el caso de las fuerzas armadas, un elemento clave en el país. Gran parte de la oficialidad se convenció de que la autonomía de las instituciones militares se veía seriamente amenazada por el afán de sometimiento del gobierno. Además no podían perdonar a Perón, que con su viraje político, a partir de 1950, hubiera arrojado por la borda los principios rectores de su primitivo programa de gobierno y, en especial, que provocara nuevamente una crisis de legitimidad e hiciera peligrar la independencia económica del país, ya asegurada en apariencia. También causaron profundo desagrado algunos escándalos y casos de corrupción, lo mismo que el estilo de vida de Perón, reñido con la moral tradicional. Todas

esas circunstancias contribuyeron a que, después de 1953, fueran cada vez más los partidarios de un derrocamiento del régimen dentro de las fuerzas armadas.

Los ataques de Perón al orden moral y a la tradicional escala de valores llevaron a que también entrara en la lidia un factor de poder cuya misión había consistido siempre en defender y conservar esos valores: la Iglesia. El clero se mostraba ya intranquilo por la difusión del culto a la persona del dictador, por los métodos cada vez más represivos de éste y por la corrupción de la administración pública; pero el intento del régimen de conquistar a la juventud y de disminuir la influencia de la Iglesia en la educación fue visto por este sector como una abierta provocación. Las demostraciones de protesta contra el régimen organizadas por la Iglesia fueron el punto de partida de un proceso de solidarización de todos los grupos opositores, que culminó con el abierto estallido del conflicto.

Incluso las tentativas de distribuir la riqueza entre las diferentes clases sociales tuvo un efecto político negativo para Perón. Justamente en esos últimos años, en cuyo trascurso se aproximó más que nunca a su ideal de protección estatal para todos los grupos sociales, quedó demostrado que, en el fondo, éste era impracticable y que la estabilidad de su gobierno había dependido de su estrecha unión a las clases bajas. Ningún grupo social se sentía auténticamente representado por un gobierno que funcionaba como árbitro situado por encima de todos los partidos. Las clases acomodadas veían en la liberalización de la política económica una confirmación del fracaso de la política dirigista y sólo aguardaban a que el cambio de orientación económica fuera seguido por un cambio político total, es decir por la caída del régimen. Tampoco la clase trabajadora estaba dispuesta a brindar al régimen el ilimitado apoyo de antes, pues las esporádicas intervenciones de Perón en su favor no suplían la intensiva protección del gobierno de la cual habían disfrutado antes de 1950.

Perón habría podido demorar su caída, y quizá hasta evitarla, si hubiera estado dispuesto a defender su gobierno. Pues por más que las bases que lo sostenían se iban desmoronando, al iniciarse el conflicto final contaba aún con el apoyo de una importante parte de las fuerzas armadas y los sindicatos también estaban de su parte. El hecho de que haya preferido abandonar el poder sin lucha puede tener dos explicaciones. Por una parte, es posible que, aún como político, Perón haya conservado esa convicción característica del soldado profesional de que es preciso evitar en cualquier forma una guerra civil que ponga en peligro la unidad nacional. Por otra parte debemos recordar su miedo a una revolución comunista, ese miedo que trasuntan todos sus discursos, desde 1944 hasta 1955. Se negó a autorizar la entrega de armas a los obreros para que defendieran su gobierno por temor a que los dirigentes comunistas aprovecharán la situación para lograr un cambio político y social en profundidad.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

I. Fuentes

1. *Documentos oficiales (Recopilaciones de leyes, informes parlamentarios, informes del Banco Central, etc.)*.
- Anales de Legislación Argentina*, IV-XV.
- Banco Central de la República Argentina, Memoria Anual*, 1945-1955.
- Compilaciones de Leyes, Decretos y Resoluciones*, I, Buenos Aires, 1942.
- Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1946-1954.
- Ministerio de Asuntos Técnicos*, Dirección Nacional de Investigaciones Estadística y Censo, *Servicio Estadístico Oficial, Boletín diario* 1950, N° 7 y 59.
- Ministerio de Comercio Exterior*, Resolución N° 389, *Cursos de Doctrinamiento Peronista*, Buenos Aires, 1952.
- Ministerio del Interior*, Subsecretaría de Informaciones, *Las Fuerzas Armadas restituyen el imperio de la soberanía popular*, Buenos Aires, 1946.
- Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto*, *Unión Económica Argentino-Paraguaya*, Buenos Aires, 1953.
- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social*, *Boletín del Instituto Nacional de Previsión Social*, Año VIII, N° 77, 78, 79, Buenos Aires, 1965.
- Poder Ejecutivo Nacional*, Secretaría de Asuntos Económicos, *Producto e Ingreso de la República Argentina en el Período 1935-1954*, Buenos Aires, 1955.
- Presidencia de la Nación*, Secretaría de Asuntos Políticos, *Plan de Acción Política 1955-1956*, Buenos Aires, 1955.
- Presidencia de la Nación*, Secretaría Técnica, *Plan de Gobierno 1947 a 1951*, I, Buenos Aires, 1946.
- Presidencia de la Nación*, Subsecretaría de Informaciones, *Constitución Justicialista*, Buenos Aires, 1949.
- Presidencia de la Nación*, Subsecretaría de Informaciones, *Ayuda memoria referente a la Orientación Política del Gobierno 1947-1951*, Buenos Aires, 1950.
- Presidencia de la Nación*, Subsecretaría de Informaciones, *II Plan Quinquenal*, Buenos Aires, 1952.